

el primer año de la vida. Los infantes se fijan, v. gr., en el aspecto blanco de la leche, consistiendo la abstracción en el aislamiento de esta calidad, entre numerosas otras impresiones visuales, y su combinación con el objeto para formar la idea. La denominación de la idea con un rudimento de palabra como *mam*, es un signo externo de la abstracción, y no ha provocado la formación de la idea, sino que le ha seguido.

Sería muy interesante recoger las observaciones sobre esta facultad lógica en los primeros tiempos cuando el habla no interviene aún favoreciendo ó estorbando; hasta ahora son muy pocas las observaciones que constan.

La primera que Darwin hizo en su niño y parecióle probar «una especie de raciocinio práctico,» correspondió al día 144 de su nacimiento; el niño cogió el dedo de su padre para llevárselo á la boca; pero su propia mano le impedía chupar el dedo. Entónces el niño, en vez de quitar la mano del todo, la deslizó sobre el dedo, cuya punta podía luego introducir en la boca. Esta operación la repitió varias veces, de modo que no podía ser casual, sino que había de considerarse efecto de la reflexión. Á los cinco meses el mismo niño hacía asociaciones de ideas sin ninguna enseñanza. Desde el momento que le ponían el sombrero y el abrigo, se enfadaba mucho cuando no le sacaban en seguida á la calle.

La intensidad de la *potencia lógica de los niños sin habla* resulta aún de las observaciones de Sigismund y Preyer, cuyos hijos se quemaron el dedo en la luz de una vela á los quince meses de edad, y jamás volvieron á arrimar el dedo á la llama, aunque, jugando, extendían la mano hacia ella sin cogerla. Desde la misma edad se dejaban enjugarse tranquilamente la boca y la barba, operación que ántes les había hecho gritar y agitarse. Probablemente habían notado que el desagradable procedimiento terminaba más pronto cuando estaban quietos que cuando se agitaban.

En todo niño pequeño puede observarse la misma conformación con lo inevitable cuando llega á convencerse de la inutilidad de su resistencia, solo que las madres no les permiten llegar á este punto. Preyer cuenta que su hijo á los diez y nueve meses quería rebelarse contra la orden de acostarse, pero él le dejó llorar y alzarse en la cama sin sacarle ni hablarle, sino quedándose cerca como observador impasible; finalmente el niño se cansó, se acostó y se durmió inmediatamente, habiendo comprendido la inutilidad de sus esfuerzos. Á los diez y siete meses este niño tenía ya muy desarrollada la afición á la limpieza, y más tarde acusaba siempre á la niñera cuando ésta hacía una cosa que le había sido prohibida á él, v. gr., el llevar el cuchillo á la boca ó el meter el pan en la leche.

Semejantes hechos no demuestran la existencia de un sentimiento del deber, sino que prueban simplemente que el niño se ha hecho cargo de las consecuencias desagradables de la infracción de ciertos preceptos de conducta, es decir, que se ha fijado en que ciertos actos traen consigo sensaciones de placer y otros, al contrario, sensaciones de disgusto. No se ha averiguado aún cuánto tiempo ántes de hablar los niños adquieren ese conocimiento; lo cierto es que lo adquieren independientemente del habla; el número de observaciones sobre el desarrollo de la inteligencia infantil es suficiente para demostrar que sin el conocimiento del lenguaje, la actividad lógica del niño alcanza un grado elevado, cosa que asimismo se observa excepcionalmente en algun orangután ó chimpanse, con la sola diferencia que esos monos inteligentes no llegan jamás á formarse tantas ideas ni tan claras y abstractas, ni tampoco pueden combinarlas de tantas maneras complicadas como el niño ántes que ha aprendido á hablar. Cuando habla, la diferencia se convierte en un abismo tal, que solo parece una repugnante caricatura del hombre lo que ántes parecía casi una imagen.

Para comprender la verdadera diferencia entre el hombre y el animal es más útil estudiar cómo se aprende á hablar que hacer especulaciones sobre el cómo es posible que el niño y el animal tengan ideas sin palabras, y puedan combinarlas convenientemente.

Nadie recuerda cómo ha aprendido á hablar, y el género humano en conjunto ha olvidado el origen del lenguaje articulado como el de la mímica; más como cada uno ha de recorrer perceptiblemente las etapas del habla, un observador paciente y atento puede averiguar algunos hechos generales.

Mas semejantes observaciones se han hecho pocas hasta ahora, ó al menos no se han publicado; las más completas son las que acaba de dar á luz Preyer en su obra: *El alma del niño*. (Leipzig, 1882. Páginas 234-359). El catedrático de fisiología de Jena termina su capítulo referente á este asunto, diciendo que hacen falta aún muchas observaciones detalladas para acopiar datos, *hechos, no hipótesis*. En vez de entrar, pues, en esta materia, pasaremos á hablar del desenvolvimiento de la idea de personalidad.

Ántes de conocer que le pertenecen las partes palpables y visibles de su cuerpo, el niño debe haber hecho un gran número de experiencias, las más de ellas dolorosas.

Poco contribuyen al desarrollo de la noción de personalidad los primeros movimientos de las manos que el infante lleva muy pronto á la boca y que al chuparlas deben causarle otra sensación que cuando chupa un dedo extraño ó cualquier otro objeto. Los niños continúan, durante muchos meses, tratando sus dedos, y con éstos la cara, de una manera que prueba que no tienen aún

idea alguna del propio yo. Un niño de catorce meses se mordió en el brazo de modo que lloró largo rato de dolor, y mucho tiempo despues se veían aún las huellas de los dientes incisivos; no volvió á morderse el brazo, pero se mordió los dedos y la lengua.

Un niño que tenía costumbre de presentar el bizcocho á la boca de las personas que apreciaba para que comieran, lo presentaba de la misma manera á su propio pié, teniéndolo á los dedos y esperando que tomaran un poco; esta rara idea le ocurría aún al niño cuando tenía veinte y tres meses.

Se ve, pues, que en una época cuando la atención á todo lo que rodea al niño es muy extensa, éste no sabe aún distinguir la propia persona del mundo exterior. Algunos fisiólogos opinan que ya en el tercer mes existe la separación de la sensibilidad general del individuo de las sensaciones relativas al mundo exterior. Es posible que la separación ó distinción empiece tan pronto, pero no es completa sino mucho más tarde. Los niños de nueve meses se palpan los piés y llevan los dedos de los mismos á la boca como si fuesen un juguete cualquiera. Preyer cuenta que á su niño cuando tenía ya diez y nueve meses se le desprendió un zapato, y para volvérselo á poner, dijo al niño: «dame el zapato.» El niño se agachó, cogió el zapato y lo dió á su padre, quien le dijo entonces: «dame el pié,» creyendo que el niño, estando derecho á su lado, le presentaría el pié para poner el zapato; pero el niño extendió las dos manos hacia el pié y trató largo rato de cogerlo para darlo al padre como le había dado el zapato.

Este mismo niño demostró por algunos curiosos experimentos de su propia invención que no tenía idea alguna de la diferencia entre sus propios órganos y los objetos extraños. Sentado á la mesa, la golpea con las manos muchas veces seguidas, al principio lenta y débilmente, luego con rapidez y energía, despues con la derecha sola y de repente, en vez de dar los golpes á la mesa, los asesta á su propia cabeza por encima de la oreja. Por la expresión de su cara parecía que notaba por primera vez que no es lo mismo vapulearse la propia cabeza que otro objeto duro cualquiera.

Esto le sucedió en el décimo mes; á los trece meses todavía hacia muchas veces ejercicios de percusión en su cabeza, admirando evidentemente la dureza de la misma; á los diez y seis meses ya no se pegaba en la cabeza con toda la mano, sino solo con los dos pulgares en los lados correspondientes de la cabeza sobre los oídos, expresando los ojos muy abiertos y toda la cara gran extrañeza.

Otro factor importante en el desarrollo de la personalidad es la percepción del cambio producido por la propia actividad en muchos objetos que rodean al niño, siendo el día más importante en la vida del niño, psicogenéticamente

considerado, aquel en que se entera por primera vez de la conexión entre un movimiento ejecutado por él mismo y una sensación consecutiva. El ruido causado por el rasgar y chafar papel es una cosa que el niño ignora al principio; luego descubre el hecho que, al rasgar el papel en pedazos cada vez más pequeños, tiene siempre de nuevo la impresión acústica y repite cada día el experimento aún con grandes esfuerzos, hasta que la cosa no presenta ya el aliciente de la novedad.

Naturalmente, el niño no tiene aún idea clara del enlace causal, pero ha hecho la experiencia que él mismo puede ser causa de una percepción simultánea de vista y de oído, puesto que uniformemente cada vez que rasga papel, parecen los pedacitos y el ruido. La paciencia con que los niños continúan esta ocupación, se explica solamente por la satisfacción que les causa el observar que la transformación sorprendente de un pliego grande en trocitos pequeños, ha sido efectuada por su propia actividad. Otras ocupaciones parecidas que los niños repiten con una constancia incomprensible para el adulto, son el sacudir las llaves reunidas en un llavero, el abrir y cerrar de cajas ó monederos, el vaciar y rellenar de cajones, el amontonar y allanar de toda clase de objetos pequeños, el ojear libros, el llevar y traer escabeles y sillicos, el tirar piedras al agua, etc.

Muy notable es el afán y la formalidad con que ejecutan esos movimientos aparentemente desprovistos de objeto final, y muy grande debe ser la satisfacción que causan al niño, probablemente por proporcionarle el sentimiento de su propia fuerza, cierta especie de amor propio. El niño no juega, sino que hace experimentos. El infante que jugaba como el gatito, deleitándose con el color, la forma y los movimientos de los objetos, se ha convertido en un sér causativo, y con este paso el desarrollo de la conciencia ha entrado en una nueva etapa ó fase. La vanidad y la emulación son las palancas de la evolución ulterior; pues la atención dedicada al propio cuerpo y á las prendas de vestir es el agente que favorece y adelanta más la distinción entre el yo del niño y los objetos exteriores.

Acerca de los progresos que el niño hace en la contemplación de las diferentes partes de su propio cuerpo, Preyer publica los siguientes apuntes de su diario:

Semana 17.^a En las tentativas todavía imperfectas de agarrar el niño mira, ora el objeto, ora la propia mano, sobre todo cuando ésta por casualidad ha acertado.

Semana 18.^a Es cada día más sorprendente la atención con que el niño mira sus dedos cuando coge alguna cosa.

Semana 23.^a Cuando al infante, meneando sus manos al azar en el aire, coge por casualidad una mano con la otra, se mira con mucha atención las dos manos á veces plegadas.

Semana 24.^a El niño fija asimismo durante muchos minutos alternadamente un guante que tiene en las manos y los dedos con que lo tiene cogido.

Semana 32.^a Acostado de espaldas el niño se mira muy á menudo las piernas y especialmente los piés que tiene levantados en el aire.

Semana 35.^a En cualquier posición que pueda, el niño trata de coger uno de sus piés para llevárselo á la boca, lo cual consigue muchas veces. Este ejercicio simiano le parece causar un placer especial.

Semana 36.^a El niño ya no mira tanto sus propios piés y manos, sino que busca otros objetos nuevos para contemplarlos y cogerlos.

Semana 39.^a En el baño el niño contempla y palpa diferentes puntos de su piel con evidente satisfacción y asimismo dirige la mirada con atención sobre sus piernas mientras las está doblando y extendiendo con gran vivacidad.

Semana 55.^a El niño mira largo rato con gran atención á una persona que está comiendo, siguiendo con la mirada cada movimiento, extiende la mano hacia la cara de la persona, y despues de golpearse la propia cara, se mira las manos. Le gusta jugar con los dedos de las manos de sus allegados, causándole alegría las flexiones y extensiones, comparándolas con las de sus propios dedos.

Semana 62.^a El niño juega con sus dedos mirándolos fijamente, y parece que los quiera arrancar; coloca una mano sobre la mesa y la aprieta con la otra como si fuese un juguete extraño y luego la mira admirado.

Desde entónces el niño cesó de contemplar sus propios miembros; conocía ya su forma y poco á poco aprendió á distinguirlos de los objetos exteriores. El niño no se dice nunca: «la mano es mía, el objeto agarrado no es mío; ó la pierna me pertenece,» etc., sino que por el hecho de que las partes visibles del cuerpo infantil no excitan ya tanto el centro visual acostumbrado al aspecto y no hallándolo más interesante y de que los contactos combinados con las impresiones visuales se repiten siempre de la misma manera, el niño avezado á ellos no se hace más cargo de ellos en el empleo de sus manos y piés; ya no se los figura separadamente como ántes, mientras que todo objeto nuevo, palpado, visto ú oído llama su interés y ocupa su imaginación.

Así se efectúa la separación definitiva del objeto y del sujeto en el intelecto infantil. Al principio el niño es nuevo para sí mismo, es decir, para el aparato imaginativo que se ha desarrollado solamente despues del nacimiento; más tarde, cuando se ha conocido, cuando ha perdido el atractivo de la novedad para

sí mismo, tiene un sentimiento oscuro del *yo*, y siguiendo haciendo abstracciones llega á la posesión de la idea ó noción del *yo*.

Los progresos del entendimiento por la contemplación de la imagen reflejada confirman esta conclusión de las observaciones mencionadas.

La conducta del niño en frente de su imagen en el espejo demuestra inequívocamente la evolución gradual de la conciencia de la personalidad desde un estado en el cual no se presentan aún los distintos cambios objetivos y subjetivos.

A estos últimos pertenece indudablemente la sonrisa hacia la imagen del espejo en la novena semana de la vida, provocada probablemente tan sólo por la impresión de claridad. Otro niño se miró sonriendo en el espejo cuando tenía veintisiete semanas.

Darwin apuntó en su diario sobre uno de sus hijos, en 1840, que á la edad de cinco meses se sonrió al ver á su padre y á sí mismo en el espejo, creyendo la imagen corpórea. Con todo, le sorprendió que la voz de su padre venía de detras. «Como todos los pequeñuelos, se deleitaba mucho en contemplarse, y en ménos de dos meses comprendió perfectamente que tenía una imagen delante de sí, pues cuando yo hacía silenciosamente alguna mueca extraña, el niño se giraba rápidamente para mirarme. Sin embargo, le sorprendió mucho cuando á la edad de siete meses me vió de fuera detras de un gran cristal de balcon-espejo y parecía que dudaba si era una imagen lo que veía ó no. Otro de mis hijos, una niña, no era tan lista de entendimiento, sino que parecía muy confusa por la imagen de una persona que se le acercaba en el espejo por detras de ella. Los monos á que presenté un espejo, se conducían de otro modo, llevaban la mano tras del espejo demostrando así que reflexionaban; pero lejos de alegrarse por ver su imagen, se enfadaban, y finalmente no querían mirar más» (Darwin).

El niño mencionado primero, aunque no tenía aún nueve meses cumplidos, asociaba su nombre con su imagen reflejada, girándose hacia el espejo cuando le llamaban, aún hallándose á gran distancia del mismo. Al principio exclamaba ¡ah! al verse en el espejo como al reconocer á otros; expresando, pues, su admiración como suelen hacerlo los adultos.

En su propio hijo, Preyer observó en este particular lo siguiente: Teniendo once semanas no se ve en el espejo; cuando Preyer golpea el espejo con el dedo, el niño gira la cabeza en la dirección del sonido, pero su imagen no le causa la más ligera impresión.

En las semanas 14.^a y 15.^a el niño mira su imagen sin ningún interés, fijando la mirada en los ojos de la imagen sin manifestarse contento ni descontento.